

Abrió en pleno parque su maleta vieja y casi vacía, vieja y café. Abrió los dos cierres laterales y metió todos sus días, y metió todas sus noches y sus angustias; metió los textos que él quemó, literalmente, tres o cuatro días atrás, el trabajo de todos los años; metió apretadamente los muchos libros leídos y ahora rotos, deshojados en el suelo de su casa; metió su máquina de escribir, deshecha, con las teclas saltadas y la cinta enredada entre las patas de las sillas, vomitada; metió lápices y vida, hojas blancas y vida, dos o tres casets; metió noches de trabajo, a

escondidas; días de trabajo, en vez de recetas de cocina y trapeadores. Se metió ella.

Echó a andar, sin ella misma, con la dirección del hotel en la mano y sus pasos casi irreales, despidiéndose de quién sabe qué vida que nunca viviría.

Se topó con él en la habitación sórdida de mal hotel (sí, manita, mira, te sientas en sus piernas y le das un beso, qué asco, de ellos). Lo miró. Nada de tal beso, ni en las piernas, nada. En silencio, de nueva cuenta.

Blanca Aurora Mondragón (Atzacmulco, Méx., 1963). Exprofesora, empresaria. Premio Universitario de Literatura (cuento) 1987 (UAEM). Colaboradora en publicaciones periódicas. Dos folletos individuales: *No sé cómo decírtelo pero creo que la gente lo sabe* y *La espera*. Su publicación reciente: *Yo creo*, cuentos (1994).

Ilustración: Gabriel Macotela
Diseño: Julio Bernal y
Silvia Jasso

Este número aparece gracias al apoyo de anónimos y viejos simpatizantes de la tribu tunAstral y, además, del Instituto Mexiquense de Cultura.

Carta Literaria de la Tribu

tunAstral

Número 19. 25 de abril de 1994

Director general:
Roberto Fernández Iglesias

Apoderada:
Margarita Monroy Herrera

Dirección: Calle Porfirio Díaz 216
Col. Universidad
Toluca, México. C.P. 50130
MÉXICO

Teléfono: (72) 19 54 36

Se solicita amistad, canje, correspondencia.
Se responde por colaboraciones no solicitadas.



30 años
1964-1994

Seminario-taller
La reseña literaria
(Introducción a la crítica periodística)
Coordinador: Leonardo Martínez Carrizales
Sábado 16-19 hs.
Julio: 23, 30;
Agosto: 6, 13, 20, 27;
Septiembre: 3, 10.

Taller de poesía
Coordinador: Óscar Wong
Viernes 18-20 hs.
Agosto: 5, 19, 26;
Septiembre: 2, 23, 30
Octubre: 7, 21, 28.

Casa tunAstral
Porfirio Díaz 216 (entre Villa y Zapata), Col.
Universidad, Toluca, México.
1994.

Se otorgará constancia de asistencia
en ambos talleres
Costo del taller NS 200.00
(doscientos nuevos pesos)
Cupo mínimo: 10 asistentes.
Cupo máximo: 20 asistentes.

tunAstral



carta literaria de la tribu

Nueva cuenta
Blanca Aurora Mondragón

20

-Yo que tú, iba, me sentaba en sus piernas y le daba un beso, Mari.

No era posible que ella le hubiera dicho eso. Algo así como que se fuera de su casa y regresara con él, o lo que quisiera hacer pero no que ella se lo hubiera aconsejado ni mucho menos.

Salió de la casa oscura con su única maleta en las manos, en silencio. Tal parecía que no se había pasado dos días tratando de explicarle todo lo que sucedió muchas horas atrás, con él, en su casa árida y de patio con tres palmeras. Lo tendría que haber entendido.

No necesariamente estaba pidiendo ayuda, simplemente un momento de reposo en algún cuarto alejado del movimiento cotidiano del hogar de su hermana. Lo que menos quería era interrumpir la rutina y la tranquilidad de ellos. Simplemente pensar. O no pensar. Dejarse pasar por las horas. Ni siquiera llorar. No hacía falta. Realmente nunca hizo falta, aunque lo había hecho un sinnúmero de veces, a escondidas, lejos de él.

-Mira, Carolina, vengo a quedarme unos días contigo, si no tienes inconveniente ni lo tiene tu esposo o tus hijos. Un espacio para pensar, para ver qué voy a hacer.

-Desde luego.

Muchas sonrisas. Todo bien. Y toda la tarde.

amor es la palabra / poesía la acción

- Mira, es que sucedió esto y esto y esto con fulano y yo la verdad es que ya, hasta el gorro.

- Pues sí, tienes razón. Pero no te angusties, tú la haces sola. Te va a ir bien, vas a ver. Lo que no sabía es lo del embarazo.

Era lo de menos. Lo del embarazo a ella no le afectó demasiado. Se sentía perfectamente.

Salió del pueblo un jueves al mediodía. Tuvo que agacharse cuando el autobús pasó por la oficina de su marido. Ni verlo. Olvidalo.

Por la mañana había llenado una maleta mediana y café con cualquier cosa, sin escoger nada, lo que fuera. La prisa y la angustia. Algunos libros. Le dolía tanto dejar su máquina de escribir, único recuerdo bueno del tipo. Se la regaló en un cumpleaños. Fue algo hermoso, su mejor regalo, aunque él detestaba verla escribiendo.

Ahora, como aquel día, se miraba en la calle, con la misma maleta en la mano, casi con la misma ropa. Indecisa, sintiéndose más gorda, el embarazo, claro. Desamparada, quizá.

-Pues total, manita, a todo mundo le pasa lo mismo. Mira, vas, te sientas en sus piernas y le das un beso. A lo mejor hasta perdón te pide.

Para qué quería ella que le pidiera perdón. No lo haría y si lo hiciera qué. Daba lo mismo. No era eso lo que importaba realmente.

De adolescente empacó la misma maleta, la sacó a escondidas una tarde en que obscureció temprano. Le temblaban las manos. Emoción y miedo. Nunca más regresaría. Pero, a dónde. Caminó y caminó unas horas con su paquete lleno de cualquier cosa. La noche le agudizó el miedo. La angustia de saberse sola le llenó el hueco del estómago, ese donde se albergan las emociones. Regresó a casa, escondió la maleta en algún sitio y siguió ahí con sus pasos lentos. Para qué recordar eso ahora.

- Mira, mi reina, pues si te casaste, pues ni modo, manita, tienes que aguantarte.

No, fíjate, aguantarse no, ahora no. Pero cómo le decía su hermana eso. Mira, vas y le das un beso. Ya mero. Nóo.

Carolina también quiso irse algún día, pero de ninguna manera, por más que llorara. Recordó entonces aquella vez cuando Caro tuvo una crisis de llanto toda una mañana. Le habló por teléfono a su marido y le dijo: o vienes ahoritita o no me encuentras más, pero ahoritita. El llegó en estampida y la encontró atracándose de pasteles. Le daba por llenar con golosinas sus grandes y permanentes frustraciones. La consoló y la convenció de que la vida era así, que no había otra y que pues nimodo, que su manera de vivir era pues normal y que era ella la que estaba

desubicada; pero que ya, muñequita, ya. Nunca se fue, desde luego, estaba fuera de toda moral, era mal visto, y luego a dónde, mamacita, a dónde, ni modo de irle a llorar a la mamá o algo así. Pero frustrada sí se quedó, toda la vida, y gorda.

A lo mejor por eso habría que perdonarla o compadecerla por decirle eso de las piernas y el beso y el perdón y etcétera; pero de todas maneras no, cómo crees.

A la hora de casarse y el vestido blanco, qué bonita novia, el vestido es un primor, hijita, a la suegra le gustó. Pero ahora no era eso, el vestido quién sabe dónde carambas estaba, seguramente amarillo y gastado del no uso, qué le vamos a hacer. Sí, en las fotos se ve bien.

Ese día hubo que hacer maletas. De la casa de mamá al depar. Bonito, sí, austero también. Y su maleta mediana y café con cualquier cosa. Y unos libros.

Incontables veces, casa aquí, salidita allá, insatisfacciones más allá, y la maleta café y mediana y casi vacía aquí, allá y más allá, en sus manos sudorosas. Dejar su vida un poco en cualquier sitio, llevarla a la vez en un paquete.

-Ay, manita, mira, a fin de cuentas, pues no estás tan mal, ¿o sí?

Había hablado con su esposo la noche anterior. A lo mejor él le había dicho algo, que no, que no podía estar ahí, qué tal si se metían en un lío, ni hablar, Caro, están casados, y luego embarazada, no, y tu mamá qué va a decir, no, Caro, no. Y luego ya ves cómo es el tipo, capaz que viene y nos arma un problema, no nos vaya a hacer un tango en la calle, frente a la casa, nosotros siempre hemos sido muy bien vistos, qué vayan a pensar los vecinos, que andamos metidos en no sé qué cosas, no, Caro, mejor dile que, pues que regrese, ¿no?

-Mira, Mari, vas, te sientas en sus piernas y le das un beso. Yo que tú hacía eso.

Y ella tomó su maleta y se fue, a la calle, a nada. No quería que la mantuvieran ni nada. A su hijo tampoco. Trabajaría, era maestra, en una academia o algo, haría algo. Pero dónde. Le sudaban las manos frías, en un día soleado. Pero dónde. Desamparada, quizá. Con el miedo llenándole el hueco del estómago.

Y ella con la angustia en la calle, y el sol le daba en la cara. Sí quería llorar; pero para qué, finalmente, ¿para qué? Era tan joven. Caro sí la hubiera ayudado, aunque fuera un rato; pero estaba tan limitada.

Lo que supo ese día fue que su marido la había buscado en muchos lados, para qué, joder nomás, para qué. Y le había hablado por teléfono a Caro: que le dijera, que le prometía, que mira. Para qué, dime, para qué. Estaba en un hotel de la ciudad, que ahí la esperaría. Todo estaría bien.

Irle a dar el tal beso, y sentarse en sus piernas, qué ridículo, claro que no. Desde luego que no.

La calle le dolía tanto, la maleta café llena de cualquier cosa le pesaba tanto, el mismo miedo la aterrorizaba tanto. Más que la soledad, más que el hambre, más que el sol del medio día.

La dirección del hotel en la mano mojada, en un papel arrugado. A dónde iría.

Todo estaría bien, seguramente. Caminó tanto tiempo, apretó tanto contra sí la maleta café. Ahora sí valía la pena llorar. Llorar, llorar, llorar sentada en la banca de cualquier parque, llorar con la maleta llena de lo que fuera apretada contra sí, llorar al fin, llorar porque sí, llorar porque no.

